



Rafael Urretabizkaya

## Chamamecero Serial

Urretabizkaya, Rafael

Chamamecero Serial / Rafael Urretabizkaya. - 1a ed. - Rosario :  
Brumana, 2022.

106 p. ; 20 x 14 cm. - (Novela ; 2)

ISBN 978-987-48046-9-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.  
CDD A863

Foto de tapa: Eduardo Bodiño

©Brumana Editora  
brumana.editora@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.  
Todos los derechos reservados.



*Para além da curva da estrada  
Talvez haja um poço, e talvez um castelo,  
E talvez apenas a continuação da estrada.  
Não sei nem pergunto.*

Fernando Pessoa

*Ramal que para, ramal que cierra*  
Tragedia popular Argentina

*Se emocionó la señora con tres fierros de colores.  
Menos que eso no hay.*

Pedro Hasperué ante la emoción de una señora  
que asiste a la carpa Zenón García de La Musaranga

*Hijos, no es que seamos cabeza dura,  
es que tenemos razón.*  
Roberto Urretabizkaya a sus hijos en circunstancia pletórica

## **1 | Tierra fértil**

Cuando el Chamamecero Serial tocó tierra patagónica, lo primero que hizo fue llevar sus manos al polvo tres veces seco de la estación de tren. Las levantó perdiendo parte en la luz y el sol del otoño cristalino, y murmuró algo inasible para la vendedora de empanadas. Es verdad que la doña no alcanzó a escuchar qué cosa dijo, pero también es verdad que estaba aburrída. El viajero correntino que descendía del zapalero en la ciudad punta de riel captó su atención. Y en honor al prístino momento se le ocurrió comentar al encargado del baño, al boletero y a un taxista, que ese hombre misterioso al levantar el polvo entre sus manos, habría pronunciado: “tierra fértil”.

Esa misma noche en el bar La Esmeralda, Chamamecero Serial pidió en la barra uno de los sánwiches de milanesa exhibidos en la campana, promesa suficiente para el inmenso apetito que traía reunido. También pidió un vino que le sirvieron en vaso tan corto y con boca tan chica, que se anticipó incapaz de maridar tanta sed temeraria. Mientras iniciaba la ingesta pensando en la

difícil relación entre la comida y la bebida, presintió entre las voces de la concurrencia cómo un parroquiano marcaba con la pera su presencia a otro. También alcanzó a escuchar que le decía tomando aire entre la corteza cartapestosa de un sánduche de mortadela:

—Ese, el huevón de ahí, dicen que hoy al llegar levantó un poco de polvo cuando se bajó del tren y dijo: “tierra fértil”.

Los tipos rieron para adentro, para ellos, así como reiría una ameba o un caracol de la huerta que deja lo seco y encara para las hojas de acelga. Rieron sin risa, es decir: festejaron algo que no incluía al causante del festejo. Rieron de ese modo más aburrido que burlista, en el que el reidor sabe clarito que si no levanta la puntería de los motivos de su risa está cerca de ser, él mismo, la risa de cualquiera.

—Cualquiera —dijo Poca Risa uno mirando a Poca Risa dos, que soltó unos aires apretados, enmigados, tristes, que venían con la sospecha de estar verde de motivos para una buena carcajada. Una estruendosa, del estilo hasta mearse encima, una risa de esas que te masajea las fibras que hace tanto y tanto no.

Chamamecero pescó toda la escena y pudo negar haber dicho tal cosa, hacerse el sordo o el otario clavándose un trago del vaso mezquino y apretado, morder el sánduche de milanesa desplegando los músculos caninos, el temporal y el masetero, hacerse el sordo, el ato-

rado o el boludo; pero prefirió criar el mito. Engordar la incipiente ilusión. Prefirió subirse al carro desmedido, festivo y estuvo del descorche de la vida. Prefirió llegar a esta Zapala de promesas, de una vez y por todas. Decir presente como quien llega al baile y es relojeado por la chica que le gusta al goleador del equipo, al comisario, al cajero del banco que se peina a lo Delón y tiene un Dodge 1500, llegar como quien respira hondo pero tanto que los ventiladores de techo se tiran a frenar. Serial dio un paso hacia los tipos y en el mismo envión, como si fuera el jugador de billar ese con un solo brazo que pasó una vuelta promocionando los Chesterfield, como si fuera un ave, un avión, un membrillo dejando la planta, una joven de vestido floreado en bicicleta, como si fuera y fuera te lo digo; dio un paso maravilloso al mismo tiempo que desplegó en el aire su mano firme de garrotear tranque-  
ras extranjeras y les dijo:

—Serial, Chamamecero Serial, para lo que gusten.

Los tipos sintieron destellar los tres tubos fluorescentes del salón de La Esmeralda. Que refucilan siempre es verdad, o se andan poniendo titilantes y chirriosos por un rato, pero jamás los tres juntos. Jamás y nunca jamás tal cosa había sucedido. Lo miraron desde las sillitas de caño y cuerina y lo vieron inmenso en su metro sesenta y dos. Interminable. Intermitente, a causa del refucilo lamparoso. Como un fenómeno telepático desatado de la misma circunstancia decidieron, mientras pasaban de a

uno sus manos al recién llegado, quedarse convencidos de que el polvo suelto de la estación era, efectivamente, “tierra fértil”. De paso, añadieron en la misma emoción, que el venturoso Chamamecero Serial portaba la condición de poseer un oído extraordinario lo que le habría permitido a dos metros y medio de distancia (con una mesa de por medio y el bullicio de la cena entre tantas mascadas y vasos y televisión prendida en Canal 7 con noticias de la salud delicada de Hugo Chelito Berbel, no sé qué cosa de la privatización de YPF, y un criancero extraviado en la zona del Valle de las Magdalenas), escuchar el sonido de la pera desplazando el aire, señalándolo, escuchar sus risas apretadas como pedo de novio, o de novia, escuchar lo que no se escucha salvo teniendo gran oído. Le atribuyeron, sin que soltara una sola nota, ni cantara un solo verso, ni soltara media glosa, un oído prodigioso. Una voz penetrante. Una mirada que ve más de lo que escucha. Un oído que mira como un radar ruso y japonés.

La fama del Chamamecero Serial comenzó a crecer al estilo desafortunado de las cosas del verano, como las ganas voraces de los tábanos. Como toda esa ansia que se desboca, se descuerpa, que no reconoce límite salvo para romperlo a deseazos.

Así y todo.

Y en otoño.

Los tipos claramente no eran amables pero sí, cu-

riosos. Y esa suele ser la puerta a estos encuentros que podrían pintar medio chicones. Puerta sin picaporte y menos timbre o llamador, pero puerta a un asunto intrigante como la lluvia de cascarudos que siempre se recordaba en el bar La Esmeralda, ocurrida en sus propias veredas el verano en que estos dos y otros y otras, dieron el primer beso a Marisa, la chica que besaba.